



2^o CONGRESO LATINOAMERICANO DE GESTIÓN CULTURAL

Pensamiento y acción cultural para la paz
y la participación ciudadana

18, 19 Y 20 DE OCTUBRE DE 2017
CALI, COLOMBIA

**El lugar común de la Cultura en el desarrollo de mercados e
instituciones. Lecciones sobre elección y preferencias para la
política pública**

México

Ponencia presentada en el 2do. Congreso Latinoamericano de Gestión Cultural | Cali Colombia
16, 19 y 20 de octubre de 2017

Mtro. Alberto Castro Jaimes
acj@unam.mx

Abstract

El cambio de orientación hacia políticas de mercado afecta la visión sobre la cultura. Se requiere revisar conceptos claros para distinguir la función de la cultura en la sociedad, más allá del desarrollo de su industria inherente. El trabajo aporta un recorrido teórico sobre el vínculo de la cultura con los espacios de interacción y negociación social: la política y la economía. Se expone que el desarrollo productivo y el desarrollo democrático se encuentran positivamente relacionados con la atención a políticas educativas y culturales de amplio espectro. Se echa mano, en primer lugar, de una revisión de conceptos básicos de la teoría social y la teoría económica para explicar el funcionamiento esencial de los mercados a partir de la elección, como parte de un sistema social complejo. Se concluye que serán estos mismos elementos los que consigan una transformación de las instituciones a través de ciudadanías integradas y la definición de una agenda de política que reconozca las prioridades sociales de todos sus miembros.

Desigualdades sociales, educación y cultura

Por casi cuatro décadas, en especial en América Latina, el rumbo de los Estados de Bienestar viró hacia nociones liberales que fueron marcadas como un Cambio Estructural. Esta orientación ideológica orilló a las sociedades a adaptar sus objetivos de política pública al desarrollo de esquemas de mercado en todas sus esferas.

Otrora, la cultura fue vista como un medio de transformación. Las políticas culturales de los años veinte hasta la década de 1960 tuvieron una importante función política. El objetivo de la política cultural y de la educación de masas era incrementar a las sociedades latinoamericanas a una universalidad que incorporara la identidad de clase; que modernizara las relaciones entre Ciudadanía y Estado, además de legitimar las políticas y alcances del empleo industrial y de sus nuevos actores.

En México, la política educativa de José Vasconcelos impulsó originalmente la educación de masas y, a través de ella, la inclusión política de amplios sectores

sociales. Durante los años treinta y cuarenta, el reparto agrario, la tecnificación gradual de algunos sectores del campo y la expansión del empleo industrial fueron los temas centrales de la política cultural: arte y educación.

En el camino hacia la universalidad de la cultura mexicana, las representaciones e innovaciones técnicas adquirieron reconocimiento en todos los campos artísticos e intelectuales. La divulgación y formación de públicos perteneció a una estrategia que integraba educación, acciones afirmativas de la política nacional y la construcción de una identidad común, al modo moderno. La justificación se encontraba en el corazón de estas políticas. Los recursos públicos dedicados a la cultura beneficiaban capacidad de intervención política y masas de trabajadores y artesanos que dedicaron esfuerzos al desarrollo artístico y cultural, nacional.

Desde la óptica de asignaciones de mercado, la centralidad de los intercambios de mercado para la satisfacción llana de necesidades, deja de lado la función de la cultura en el desarrollo social y otros ámbitos fundamentales. La educación orientada al desarrollo de capacidades establece un campo óptimo de selección e inserción laboral, con criterios mínimos y meritocráticos.

Quienes quedan alejados del desarrollo cultural y educativo son las familias de ingresos más bajo, que carecen los medios para participar de lleno en el mercado y compensar, incluso la inercia de baja calidad de educación básica en escuelas públicas de zonas marginadas. Según un estudio de la Cámara de diputados de la primera década de este siglo, la distribución de la inversión pública en educación se concentra en los deciles más bajos de ingreso en rubros de educación básica, y los mayores beneficiarios de la educación pública superior son los deciles intermedios de ingreso.

Recurrentemente, a lo largo de ese mismo período las inequidades de acceso a educación de calidad se han acentuado tanto como la concentración de ingresos y buenos empleos. Los años de estudio medios del decil de ingresos más bajo indica que los adultos terminan la educación primaria básica y podrían cursar al menos un año de secundaria. Los adultos del decil más alto de ingresos terminan la preparatoria. Bajo estos criterios también el consumo de cultura y servicios

educativos refleja diferenciales de acceso que debería reconocer la política pública.

Con datos de la ENIGH 2014, por razones de consistencia, se sabe que el ingreso corriente de las familias en el decil superior de población es 21 veces mayor que el de las familias de primer decil. Tal como decreta el criterio de Engle, los recursos que dedica el decil superior representan 20% de su ingreso corriente; porcentaje que apenas rebasa 5% del ingreso del decil más bajo. Es decir, por cada peso que gasta un adulto del primer decil de ingresos en México en educación y esparcimiento, el último decil gasta 80.

Para sociólogos y antropólogos, en el cotidiano los individuos son usuarios y partícipes de una incansable construcción simbólica. Los procesos de apertura cultural, económica y democrática retan los esquemas de valor y las orientaciones simbólicas previas, pero las propias instituciones y la política carecen de herramientas explicativas que faciliten el manejo de nuevos y más complejos procesos culturales. Escapa de sus manos la dimensión y la importancia del problema.

La Antropología económica se enfoca principalmente al análisis de economías tradicionales y pequeños núcleos sociales, contribuyendo a la comprensión del funcionamiento de mercados en sociedades premodernas mediante fuentes históricas o contemporáneas. Se encarga también de aportar conceptos y marcos de análisis sobre el desarrollo tardío y las sociedades periféricas. Además, en grandes rasgos se interesa por las diferentes pautas de desarrollo de cada nación, acercándose al análisis neoinstitucional en el resultado (Dalton, 1978). Por último, la propia antropología aporta herramientas al estudio profundo de construcciones simbólicas del pensamiento económico (Castings, 2001). Si bien, todos campos plausibles y de interés profundo, dejan aún sin explicar claramente la función de la cultura en el desarrollo de mercados e instituciones y su relación explícita con el bienestar, con la construcción de mercados y la construcción de ciudadanías.

A través de la política pública, el acceso y la participación efectiva en actividades culturales y educativas, tiene un papel relevante en la promoción de inclusión e integración social. Algunos de los beneficios que publica la Comisión Europea (2005) como parte de las políticas de inclusión son, que la cultura permite mejorar habilidades y desarrollar seguridad personal; la cultura incrementa el autoestima y la identidad; la cultura permite superar la discriminación y la integración de diversidades (en especial frente a procesos migratorios con barreras de idioma y segregación cultural); cuando son impulsadas las industrias culturales, genera oportunidades de empleo; reduce barreras de información, tales como el acceso a bibliotecas y al uso de tecnologías de información.

Algunas de las limitantes que considera este organismo multinacional para acceder a servicios culturales es la falta de difusión de los servicios; el costo de entrada o uso; las restricciones por tiempo debidas a calidad de los empleos; la asignación desigual de servicios culturales, concentrando su distribución geográfica y social; accesibilidad; financiamiento de proyectos multiculturales; participación e interés en actividades, que a su vez refleja el debilitamiento de lazos sociales y exclusión.

Barreras al desarrollo de políticas públicas también se reconocen, tales como el insuficiente reconocimiento de la función y los beneficios que ofrece la cultura en los ámbitos local y nacionales; fallas de coordinación entre políticas y niveles de gobierno; las restricciones presupuestales para la inversión en cultura, Especialmente dos razones son de interés a esta construcción: escaso reconocimiento de la función que tienen el capital humano y el capital social, aparte del reconocimiento de la participación económica de las industrias culturales; y la asociación simplista de la exclusión social que la relacionan con el ámbito laboral y la pobreza. Por último, la subordinación de la pobreza a las políticas educativas. Esto se debe, explican, a la falta de un indicador consistente que permita documentar o cuantificar el impacto de la cultura en el desarrollo de actividades sociales y económicas.

En el ámbito global, con el distintivo de la posmodernidad, que exalta la diversidad, la otredad; donde priman las diferencias, el reconocimiento de las diferencias, en el sentido de Taylor (1999) es fundamental para la integración social. La construcción de un marco común de entendimiento tiene un entramado simbólico para la integración de ideas e interlocuciones. El desarrollo de instituciones democráticas requerirá en mayor medida estas herramientas en tanto tenga noción de que enfrentar el surgimiento de minorías organizadas, que son atendidas en tanto ciudadanos, con probables vulnerabilidades, pero no en esencia como actores políticos, que sustituyen las viejas categorías de la modernidad industrial de América Latina, que fueron anuladas ante el desmantelamiento de los Estados de Bienestar construidos durante todo el siglo XX, junto con los vicios del clientelismo y el corporativismo (Acosta, 2010).

Por ello, se organiza en lo que sigue un recorrido elemental sobre el papel de la cultura en la sociedad, en la interacción y en la reproducción de valores y orientaciones de la acción social; y luego en términos de agencia económica de los mercados. Los alcances de esta comprensión integral serán de interés para los estudios sobre política cultural y sobre el debate sobre la inversión en educación y cultura en sociedades subdesarrolladas con alta desigualdad.

Más allá del mercado

La cultura tiene una estudiada función en los individuos y en la sociedad. Es un sistema de códigos de comportamiento y entendimiento mutuo. Cada grupo social mantiene cohesión a través de este sistema de signos y valores mediante la interacción, mediante la comunicación que valida de manera colectiva (intersubjetiva) de cada significado. Estos significados son también transmitidos por la cultura; y son renovados con usos y significados más complejos conforme interactúan los miembros del grupo.

Por encima del llano aporte de las industrias culturales al producto nacional y al desarrollo de nuevas dinámicas de comercialización, bajo cualquier esquema de política el papel de la cultura se encarga de construir lugares comunes para el desarrollo social, fortalecer a las instituciones democráticas y mejorar el desempeño económico. En breve se hará énfasis en la relación de estos tres elementos: cultura, ciudadanía y mercado. El desarrollo cultural como objetivo de política pública, tiene relación con las artes y la gestión de actividades creativas, en tanto que a través de éstas la sociedad desarrolla lazos más complejos. La cultura se transmite como costumbre, como identidad y como expresión de gustos, lo que le otorga también una función organizadora.

A los objetivos de política pública falta aún un acercamiento conceptual en torno a la cultura, que entrecruce claramente su función en las fronteras del desarrollo económico, político y social. La necesidad de un marco común, formal, ayudaría a identificar la relevancia real de la cultura en el bienestar, el desarrollo de mercados y el funcionamiento democrático.

En lo que sigue, se exponen los esquemas teóricos que justifican que el consumo cultural es un medio de difusión y apropiación de significados que bien pueden aprovecharse para afirmar la cohesión social y para integrar la acción de políticas públicas en tejidos sólidos que permeen en amplias capas de población.

La cultura en la sociedad

Diferentes enfoques de la Teoría Social consideran la cultura fundamental para establecer significados comunes y estructuras de valores que facilitan la comunicación, el entendimiento y la reproducción social. La flexibilidad con que se transmiten esos valores expresa el grado de libertad con el que una sociedad evoluciona y se adapta.

Al desarrollarse, la sociedad racionaliza estos valores en normas e instituciones que cimientan todos los ámbitos de interacción social. Si se comprende de inicio

que el mercado es un espacio de negociación y acuerdo social, considérese que las reglas del mercado son una particularidad del sistema social.

Para los inicios de la sociología, la cultura es una situación (la estructura); que se aprende y se acata a través de la socialización. Este aprendizaje proviene de un mundo social que impone tradiciones, valores y normas, que el individuo domina por acciones imputables a su propia consciencia (Durkheim, 1997). Las costumbres y las reglas, a su vez organizan y regulan el conjunto de acciones de los individuos.

En otra posición sociológica que incorpora mayor peso a la racionalidad de las acciones, el acto de reflexión abstrae y clasifica las prácticas cotidianas que, mediante la socialización se transforman en valores. Como consecuencia de la interacción estos valores son racionalizados e institucionalizados en normas, luego en leyes. La racionalización explica el mundo de la vida: aquello que es particular del individuo y de su experiencia. De acuerdo con Weber (2014), los valores y las normas organizan la interacción en comportamientos esperados por el otro. Permite prever las respuestas a través del aprendizaje de códigos y normas.

Al igual que ocurre en el desarrollo de la teoría económica, ambas posiciones resumen el margen de interpretaciones estructura - agencia de la sociología. En ambos, los valores y las normas son condicionantes y el individuo domina el entorno a través de elecciones. La capacidad del individuo de dominar las restricciones se despliega en la interacción y en su conocimiento e inmersión al conjunto social (Rabotnikof, 1989). La integración de la subjetividad y la racionalidad al entramado de normas y valores surgirá como un escalón que concilia al individuo que actúa (agente) y el entorno dado (condición o estructura). A finales de los años treinta, mientras la economía encontraba una manera de regresar al Estado las riendas del crecimiento económico, la sociología americana contribuyó por su lado con el marco síntesis de Talcott Parsons (1990).

Retirando la historicidad del marxismo, pero explicando la continuidad e identidad social a través de la moral, Parsons asume que el orden social establece al menos un rol o función para cada integrante: cada pieza tiene una función como en la

cibernética. Cada individuo actúa voluntariamente. Los actos racionales son voluntarios, consistentes y autónomos. Al cumplir una función específica, cada parte interdependiente de la sociedad sostiene el orden en la cotidianidad. Asumir un rol específico significa que los individuos aceptan su posición en la estratificación social, y únicamente actúan conforme los límites que han incorporado a su sistema de valores y normas.

En cada acción social los individuos ejercen su racionalidad, cumplen un objetivo particular de manera estratégica y consciente, pero al actuar muestran los límites internalizados de su esquema de acciones (las opciones que visualizan) desde su posición social. Para Parsons el individuo es racional y autónomo, pero es portador de un vector de valores y normas que modela y acota sus acciones. Su comprensión sobre el entorno y sobre lo que le es socialmente permitido ejerce presión sobre su consciencia y pesa al interactuar con otros individuos: en cada acción se ejerce una fuerza que es el vector de normas, valores e identidades (la estructura, que incluye a la cultura).

Los matices de la acción (o de la inacción) unen el sistema moral, externo al individuo, internalizado por éste mediante la socialización, y la subjetividad del individuo. Parsons le llama acto de unidad (o acto de integración) en el que las acciones racionales, individuales sostienen y reproducen un orden normativo, que se orienta por referentes morales y culturales. Estos referentes son principalmente adquiridos e internalizados por el individuo mientras interactúa con otros individuos. Es decir, valida sus códigos, su posición social y el alcance de sus acciones en la socialización. El orden se mantiene mediante el actuar interdependiente y cotidiano de individuos que pertenecen al mismo conjunto social, y se construye practicando los valores y ordenamientos sociales, sin coacción (Parsons, 1986).

A partir de esta interpretación de un sistema social, se explica que la motivación principal de los individuos en el sistema social está basada en un sistema de gratificaciones y privaciones, tal como ocurre en el mercado. Esta motivación se encuentra dentro de los límites de los condicionantes externos y factores de

cambio que dependen de la personalidad, las transformaciones sociales y las transformaciones culturales.

En síntesis, la cultura es parte de un sistema de valores y sentidos de la acción. Su presencia permite explicar de qué modo sujetos autónomos, conscientes y racionales mantienen un orden social y se mantienen cohesionados a partir de acciones individuales. Las pautas de sus acciones se encuentran orientadas por la cultura y la moral; son transmitidas por la interacción; y esta interacción es posible debido a una identidad (compartida: rol o función asumido).

El ordenamiento resultante estabiliza al sistema social volviéndolo previsible. Dando continuidad a las acciones de los individuos que se encuentran ya limitadas por la posición social y por las acciones por éstos esperadas, y de otros esperadas. Las reacciones esperadas de los propios actos son motivaciones o restricciones (gratificaciones o privaciones) que resultan de la acción.

La cultura en sí, es una pauta: una orientación latente. Presente en cada consciencia, y ejercida en cada acción individual mediante la referencia a otros. La comunicación y la difusión, a partir de este sistema son los agentes de cambio que incorporan mecanismos de transformación e internalización de valores, tal como los estilos de vida en el cine y en la literatura; o bien, como la divulgación de ideologías para ser compartidas como un referente en todas las disciplinas. El desarrollo cultural es, por consecuencia, un proceso que amplía los referentes de los individuos; y si se logran compartidos construye una identidad y una intersubjetividad que estabiliza las negociaciones del sistema.

Más tarde, para Habermas (1987), el sistema social se define claramente es externo al individuo y se compone de un entramado simbólico que se recompone inparablemente mediante la comunicación. La moral, lo público, las instituciones y el Estado dan pautas interpretativas al individuo para interactuar. Al alcance del individuo tiene participa de su personalidad, de la cultura al abrir su mundo en sociedad. El entramado simbólico es problemático, por ser diverso y difuso. En principio la función de la modernidad fue emprender la racionalización del mundo para el individuo a través de la ciencia tal como estima Weber, y construye una

visión universalista, integrada del sistema social. Las acciones a partir de esta integración llevan al entendimiento, mediante la comunicación que se verifica veraz a través de la validación intersubjetiva. Es decir, la normalización de subjetividades y signos se unifica mediante la comunicación. De manera que las acciones de la sociedad son catalogadas por Habermas como acciones comunicativas, por efecto de la locución individual (expresión), ilocución (acto para ser comprendido) y prelocución (con el fin de lograr algo). Las subjetividades confluyen hacia el lenguaje donde se comprenden y socializan: incursionan al mundo social que se torna mundo objetivo donde los significados adquieren validez para todos (validez intersubjetiva).

El dinero y el mercado en este sistema social son medios de control que ordenan un sistema diferenciado, por lo que los recursos limitan la intersubjetivación. En esta diferenciación, la construcción ética (moral y legal-universal) se reproduce con barreras normativas que parten el sentido simbólico del referente. La cultura aquí aleja la orientación de significados.

El acceso a la cultural, como ámbito creativo, formador y educativo, muestra directamente su función integradora. La función que las políticas culturales suman a la integración social es la de acercar el entramado simbólico a los espacios comunes para distender la segregación social.

La cultura en los mercados

En la economía la cultura se reduce a las afinidades de elección posibles. Los referentes culturales son remanentes de la acción de la sociedad pero tocan la acción de los mercados. Máxime que los economistas son los principales detractores de que aquella es una ciencia social, se deja de lado que el mercado es un espacio de acuerdo social en el que algunos valores, como la identidad y la pertenencia social también refleja la diferenciación social a partir del acuerdo de precios: los productos artesanales, el arte popular, los salarios de grupos marginados y excluidos son los principales factores que expresan la diferencia de género, color de piel, etnia o clase social en la negociación salarial entre pares de

igual capacidad y habilidades acreditadas. Son estos factores culturales reflejados en las preferencias los que afectan las decisiones en el mercado.

Un marco de elección bajo mecanismos influidos por la "irracionalidad" del racismo, es demostrado en el modelo de Becker (1957) que no explica por qué los salarios de negros en EUA eran más bajos a mediados del siglo XX; sino que explica cómo el esquema racista motiva pagarle más a un blanco y elegir, lejos de la asignación óptima, una cuadrilla de trabajadores blancos cuando la sociedad y acepta pagar menos a un negro. Este mismo esquema se ha aplicado para verificar brechas salariales de género y edad.

Las preferencias son una clasificación o priorización latente que se activa al participar en el mercado. Al participar en un intercambio, los gustos y preferencias se activan y guían una pre-definida elección de características de las cosas en el mercado: calidad, prestigio, utilidad. Estas características son más complejas y abstractas (no necesariamente superfluas) cuanto más desarrollados son los mercados.

Para explicar este mecanismo y su relación con la cultura en un esquema reducido común, puede decirse: si entramos a cualquier tienda para elegir algún electrónico, tenemos ya una elección predefinida. Previamente elegimos qué necesitamos y qué es lo compraremos. ¿Por qué? Porque todos tenemos necesidades y las organizamos por prioridad de acuerdo con preferencias. Jerarquizamos de acuerdo con un esquema que hemos aprendido y practicado a lo largo de nuestras vidas: satisfacemos necesidades físicas, sociales o psicológicas. Como ya contamos con información y ésta va incrementando en la vida diaria por impulsos, interacción y conocimiento, no requerimos de un sistema completo de información; requerimos un referente que nos haga creer que sabemos lo que necesitamos.

Tenemos una idea de lo que queremos; creemos saber lo que necesitamos, y eso mismo es lo que define nuestra concepción de lo elegible en la tienda. Las preferencias se basan en la creencia de lo que necesitamos y rara vez en información completa.

Ahora bien, estas preferencias dictan, por ejemplo, el tipo de accesibilidad, conectividad o calidad de audio que queremos. De hecho, marcan el tipo de aparato que quisiéramos comprar. Cuando llegamos a la tienda, únicamente buscamos dos o tres aparatos que concuerden con nuestra referencia. Estos tres aparatos competirán por calidad, precio, color, tamaño. Y son esas características las que definirán nuestra elección final.

¿Qué quiere decir? Antes de actuar como agentes analíticos que buscan allegarse de información para elegir en el mercado, tenemos una percepción (creencia) de nuestras necesidades. Ésta es una concepción individual imaginaria de lo que uno mismo necesita social, económica y psicológicamente, ahora o en el futuro. Como individuos, este mecanismo es muy similar a una elección microeconómica, que considera maximizar nuestra satisfacción subjetiva y dentro de las fronteras de nuestro presupuesto. Las pautas de esas creencias están definidas por la cultura y valores que internalizan los individuos en la socialización e intersubjetivación.

En una dinámica colectiva, la sociedad tiene también preferencias. En el colectivo éstas son los valores, las creencias y también prioridades socialmente definidas. Estas prioridades se encuentran en el imaginario colectivo. Aquel compuesto de códigos y signos que reconocemos mutuamente por las historias y los dichos. Incluso los grupos discriminados son pautas que se socializan, en dichos bromas y gestos.

El punto se torna aún más relevante porque ello significa que las personas que diseñan y ejecutan las políticas públicas también definen en ellas las prioridades sociales. El problema ético del político y el científico actúa sin duda. Es difícil sustraerse de los valores sociales, más aún si un individuo se encuentra del lado del político. Dejemos atrás por ahora los intereses en pugna.

Si estos esquemas que definen lo que la sociedad necesita se encuentran en las preferencias de la sociedad, entonces son parte de aquello que predefine las elecciones. La teoría económica supone que este proceso se refleja en la intención de voto cual compra de propuestas de política. La elección es un proceso de discriminación de opciones, que influye en las metas y en las

prioridades, también de la política. Mediante esta definición de prioridades la calidad y concentración de inversiones públicas entre zonas y grupos de población específica reflejan además las condicionantes que los propios valores sociales segmentan en la sociedad. Los grupos empobrecidos, sin un cambio de valores de toda la sociedad (subordinados y dominantes) reciben servicios pobres y tardíos, generalmente. La calidad de la educación, la calidad del agua, y el nivel salarial de los grupos excluidos en la sociedad, son generalmente reproducidos por la propia política.

La percepción de bienestar, también se relaciona con el conocimiento previo. El bienestar subjetivo depende de la sensibilidad de los individuos frente a campos como la estabilidad, la inequidad, la satisfacción laboral y las necesidades cubiertas. Estas percepciones son también jerarquizadas por esquemas de valores y normas que varían por la posición social y se validan en la interacción, tal como se explicó arriba.

En cualquiera de las principales esferas de interacción humana: política, mercado y sociedad está inmersa la cultura. Aún si la política pública actual se orienta al desarrollo de esquemas de mercado para todos los ámbitos de la vida y espacios de interacción, la construcción de ciudadanía debe considerar que la cultura (no sólo como vector de símbolos y valores) es el principal vehículo de interacción y renovación de valores.

En conjunto, de la mano con la gestión de actividades artísticas y mecanismos de participación y socialización, facilita la construcción de significados comunes, afirma los lazos interpersonales y mantiene espacios de interacción reconociendo y normalizando las diferencias. Los referentes culturales son remanentes de la acción de la sociedad pero tocan la acción de los mercados.

Desde su enfoque dominante, la cultura en la Ciencia Económica no tiene una función particular, pero es representada en un vector de afinidades posibles que influyen las elecciones, mediante el gusto y las preferencias. A través de éstos, los agentes priorizan necesidades y características deseables. Este debate elemental es medular para comprender el papel de la cultura en la formación de precios y en

las elecciones de agentes económicos. De modo que, al margen del mercado, estos referentes predeterminan las decisiones y arreglos en el mismo. Al considerar que el mercado es un espacio de acuerdo social, la cultura también se refleja en la determinación de precios. Es decir, el valor de las mercancías y del trabajo no es del todo ajeno a un referente cultural.

El estudio de mercados culturales es un estudio del desarrollo cultural en sociedades capitalistas. La historia de la cultura se distingue de la historia del arte porque una es expresión de la otra. El desarrollo cultural distingue a cada civilización con particularidades políticas, institucionales, valores, conocimiento y carácter. Frente al mundo, la identidad nacional protege y afirma la personalidad (o prestigio) del ciudadano. La cultura identifica y respalda las acciones, concentra los comportamientos esperados para las sociedades, como entre los individuos.

Dado que la cultura es un eje coordinador de necesidades y márgenes de negociación. Participa igualmente en la construcción de acuerdos sociales. El ejercicio de derechos y la definición de necesidades sociales; la percepción de satisfacción y bienestar está orientada por la orientación e incorporación de normas y valores. La difusión y desarrollo cultural, permite la construcción ciudadanías democráticas, diversas y estables.

La cultura es el vehículo para construir significados comunes y afirmar lazos interpersonales, por lo que, sin temor a mezclar ámbitos, la función del desarrollo cultural cruza las esferas más relevantes y más problemáticas de las sociedades modernas. El estudio de procesos culturales permitirá desarrollar canales para asimilar las diferencias y estabilizar conflictos mediante el reconocimiento de diferencias y mecanismos de inclusión efectiva.

México en particular sufre de un período de violencia y polarización social. Sus referentes se dispersan en signos de exclusión, concentración y opresión por la fuerza física. Frente al cambio de modelo, las instituciones públicas y los mecanismos democráticos no han logrado acuerdos sociales que legitimen acciones colectivas de amplio reconocimiento. La función de la cultura en la política se ha vinculado con la distinción social y la diferenciación marcada. La

política de formación de públicos carece de un rumbo cohesionante, incluyente. La percepción de bienestar refleja satisfacción con acciones y acceso a servicios precarios, por lo que señala una marcada expresión de diferenciación social.

Bajo este marco, el desarrollo de mercados culturales y de mejores prácticas en la gestión cultural es central para la producción creativa y la formación de públicos, pero lo es más para el desarrollo social y la estabilización democrática. Por lo dicho aquí, la relación con las instituciones debe incorporar desde ahora y para el largo plazo una estrategia de desarrollo cultural que incorpore valores e identidades. De modo que los mercados como la política, ámbitos de interacción social, gocen de una identidad compartida.

Bibliografía

- Alexander, Jeffrey C., et al. (Editores), (1994). "El vínculo Micro – Macro". Universidad de Guadalajara, Gamma Editorial, México.
- Dalton, George (1978). Is Economic Anthropology of Interest to Economists?. The American Economic Review, Vol. 68, No. 2, Papers and Proceedings of the Ninetieth Annual Meeting of the American Economic Association. American Economic Association (May, 1978), pp. 23-27
- Durkheim, Émile (1997 [1893]). La División Social del Trabajo. Madrid : Daniel Jorro Editor
- Durkheim, Émile (2014 [1912]). Las formas elementales de la vida religiosa. Alianza, Madrid.
- European Comission (2005). The role of culture in preventing and reducing poverty and social exclusion. Community Action Programme on Social Exclusion. European Communities Publications Office. Employment social affairs, Policy Studies Findings, Belgium.
- Giddens, Anthony (2010). Sociología. Alianza Editorial, México.
- Parsons, Talcott (1986). Social System and the evolution of Action Theory. pp.154-194.

- Habermas, Jurgen (1987). Teoría de la acción comunicativa. Volumen 1: Racionalidad de la acción y racionalización social. Taurus, Madrid.
- Parsons, Talcott (1990 [1970]). Igualdad y desigualdad en la sociedad moderna o revisión de la estratificación social, en Sociológica, año 5, Núm. 12, UAM Azcapotzalco; enero - abril, pp. 295 - 385.
- Rabotnikof, Nora (1989). Max Weber: desencanto, política y democracia. UNAM, Colección Filosofía Contemporánea, México, pp. 117 - 154.
- Ramos Lara , Eleazar (2000). Racionalidad y desencantamiento del mundo en Max Weber. McGraw Hill - UAM Iztapalapa, Cuadernos didácticos de Sociología Vol. I. (pp. 1-20; 45-55).
- Suk-Young Chwe, Michael (2005). Rational Choice and the Humanities: excerpts and Folktales. Working paper, UCLA Department of Political Science.
- Wallsten, Thomas S. and David V. BudescuEncoding (1983) Subjective Probabilities: A Psychological and Psychometric Review. Management Science, INFORMS; Vol. 29, No. 2 (Feb., 1983), pp. 151-173
- Weber, Max (2014 [1920]). Economía y Sociedad. Fondo de Cultura Económica, México.